



Normalidad de la crisis, crisis de la normalidad

Luciana CADAHIA y
Gonzalo VELASCO
(comp.)

Tal vez uno de los logros más atroces de la crisis en que nos retorremos, casi agonizando, sea el haber consolidado la idea de que habitamos en un nuevo marco espacio-temporal. Con ello se persigue neutralizar la irrupción de acontecimientos que cuestionen el orden político-económico que está detrás de la crisis, alimentándola. Ya lo preconizó Fukuyama y, con él, toda la cohorte de neoliberales: “el fin de la historia” se aproximaba y sólo la miopía de unos pocos –habría que recordar en este punto los *Espectros de Marx* de Derrida, más actuales que nunca– osaría negarlo. Duele constatar que la estrategia ha tenido bastante éxito, como tan acertadamente sugiere el título de la obra que nos ocupa. En efecto, la crisis se ha normalizado, por lo que todo cuanto queda fuera de ella debe *en buena lógica* ser concebido como algo ajeno a esa misma normalidad, a este estado de cosas que se presenta con un estatuto lógico y ontológico *estático* contra el que no cabe resistencia. Así, lo que debía tener un carácter episódico, el momento crítico, se ha convertido en un modo de ser, de morar el presente, refractario a toda posibilidad de cambio. Sin embargo, gracias a esta crisis tan pretendidamente normal –o normalizada– como atemporal, la filosofía encuentra una ocasión para enmendar a Hegel y, por una vez, alzar su vuelo a tiempo, cuando la crisis no ha acabado aún porque amenaza con convertirse en permanente.

Por eso es tan pertinente la publicación de un libro que, como éste, recuerda que la etimología del término “crisis” remite al verbo griego *krino*, una de cuyas acepciones es la de “decisión”. La filosofía, en cuanto discurso *crítico*, es por ello ese punto decisivo en el que, parafraseando a Marx, la interpretación del mundo y su transformación deben ir de la mano. Ahora bien, es tal la magnitud del envite que conviene no errar en la perspectiva que se adopte. Luciana Cadahia y Gonzalo Velasco, compiladores de *Normalidad de la crisis...*, lo tienen claro: “buscamos identificar el dispositivo discursivo de la

crisis y desarticular los mecanismos de poder que en él operan” (p. 9). A juicio de ambos autores, la crisis es un mecanismo de normalización empleado por el poder, cómo no, para perpetuarse. Dos serían las herramientas puestas en juego para alcanzar tal propósito y que Velasco y Cadahia se encargan de deconstruir. Por un lado, los vínculos con los que se construía la solidaridad social son destruidos, toda vez que los mercados y los gobiernos que les rinden pleitesía han decretado que el pacto social es algo superfluo. Por otro, y como consecuencia de lo anterior, los sujetos de la crisis son subjetividades obedientes y sumisas que reciben a cuentagotas una dosis letal de los tan cacareados recortes, que según el perverso *double bind* con el que se nos bombardea, son la única forma de mantener el Estado del bienestar, pese a que esto último dentro de poco sólo será un pensamiento sin contenido.

Aun cuando comparten estas premisas, las contribuciones que reúne *Normalidad de la crisis* apuestan por unos enfoques heterogéneos, asentados en tradiciones del pensamiento distintas, para desvelar los dispositivos de normalización de la crisis. Así, unos textos optan por profundizar en el significado del término “crisis” y recuperar su sentido etimológico para, desde ahí, demostrar cómo lo que hoy se presenta bajo ese nombre carece de los rasgos que antaño poseía. Otros, en cambio, prefieren centrarse en lo que este tiempo de crisis ha traído consigo: un debilitamiento de la figura del Estado, un nuevo marco espacio-temporal, una defunción de los horizontes de sentido –se asumieran como verdaderos o falsos– o, en el lado positivo, una recuperación de categorías tales como “pueblo” o “revolución”. Por fin, algunos autores se aventuran a lanzar propuestas, no ya para “salir de la crisis”, lo que implicaría mantenerse en la misma lógica que la ha impuesto y obviar que, cuando se salga de ella, nada habrá cambiado, sino para lograr que lo que se presenta como normal, la crisis, entre ella misma en crisis; esto es, para destruir el discurso de la crisis desde sus cimientos.

Tres trabajos componen la primera parte de *Normalidad de la crisis*, “Crisis y filosofía”. No es fácil hallar los puntos que tienen en común, a no ser la referencia a filósofos del pasado, en busca de una brújula con la que orientarse en medio del pánico cotidiano. Así, Iván de los Ríos recuerda en su “Mórbida crisis, débil gobierno”, siguiendo a Aristóteles, que gobernar es un intento de prevenir males futuros por medio de la domesticación del azar originario. El miedo se antoja entonces el motor de las decisiones –por ende, de las crisis– que todo arte de gobierno debe adoptar. Ahora bien, una cosa es ese temor consustancial a lo incierto del porvenir, y otra bien distinta es esa angustia que sólo busca atenuar nuestra capacidad de reacción. El paso de lo primero a lo segundo es lo propio de la época moderna, por otra parte “especialmente autoconsciente (crítica) de su propia quiebra (crisis), como un tiempo, entonces, no sólo pródigo sino bastardo (ilegítimo)” (p. 47), como apunta David Sánchez Usanos en “Modernidad, crisis y filosofía”. La cuestión que se abre consiguientemente es la de por qué una cultura que nace del momento crítico por excelencia, la Ilustración, debería renunciar al mayor signo de su madurez intelectual. No debe hacerlo, sugiere el autor, en la medida en que las crisis impulsen la transformación y el progreso, si es que aún se cree en estos (meta)relatos. En la naturaleza de todo gobierno está, pues, el enfrentarse con la crisis, entendida como momento de decisión y de cambio, al igual que nuestra capacidad de discernir, de criticar, es lo que nos distingue como especie. No podemos, en definitiva, desterrar la crisis; sobre todo no debe hacerlo la filosofía, emparejada como está con ella. No obstante, Sánchez Usanos, apoyado en Koselleck y en Heidegger, mete el dedo en la llaga cuando se pregunta si “quizás esa crítica, esa hermenéutica, propia de la filosofía no sea un dispositivo discursivo con efectos sobre lo real” (p. 59).

Pero, ¿puede acaso la filosofía dejar de hablar de (la) crisis? No, sugieren estos dos autores. A lo que no debe renunciar es a que su análisis produzca algún resultado en lo real. Por ejemplo, recordando a quien tenga oídos para oír, que la filosofía es indispensable para la formación de ciudadanos políticamente responsables, una especie en peligro de extinción empeñada ella misma en perecer. No podía ser más oportuna la recuperación que hace Gabriel Aranzueque de Étienne de La Boétie y de su célebre tesis sobre la servidumbre voluntaria, que parafrasea, actualizándola, en sentencias como ésta: “estamos demasiado habituados a obedecer como para llegar a desear lo contrario, y tan acostumbrados a eludir nuestros cometidos como para sujetos activos de derecho, que la posibilidad de una democracia realmente participativa sería recibida con menos ánimo que pereza” (p. 36). Sólo desde un ejercicio distinto de la amistad, imbricado en una “ética del afecto” e impulsado por el pensamiento filosófico, se pueden sentar las bases de una democracia real.

Los artículos que conforman el segundo bloque de la obra, “Filosofía y ontología”, coinciden en destacar cómo la crisis, lejos de ser un accidente o un episodio que se reproduce periódica aunque inesperadamente, caracteriza a un modo de ser en el mundo. Las contribuciones de Antonio Gómez Ramos y de Ana Carrasco-Conde se centran en el “cronotopo” inaugurado “en los últimos 30 ó 40 años”, en palabras del primero, para mostrar cómo su instauración ha significado la anulación de toda posibilidad de producción de acontecimientos con efectos en el orden ontológico. Epítome de este hecho es el desplazamiento que se produce en el campo semántico de dos nociones que son moneda corriente en el discurso de la crisis. Gómez Ramos observa con recelo la “reivindicación de la experiencia planteada como una insistente apelación a lo inmediato” (p. 108). Tal anhelo de lo inmediato hace juego con un tiempo “infinitamente extendido”, estancado y que coagula el flujo de los acontecimientos que en el anterior cronotopo configuraban el relato histórico. Frente a posturas como “la nueva reivindicación francesa de la presencia (Nancy)” (p. 107) –fórmula que demanda más de una matización–, Gómez Ramos defiende la recuperación de la noción de experiencia hegeliana, entendida como el “movimiento dialéctico por el que la conciencia individual sufre el vuelco de un momento de extrañamiento, lo reintegra reflexivamente y sale de ello transformada y crecida, para entrar luego en un proceso de extrañamiento, reflexión y crecimiento” (p. 111).

No será esta la única vez que asome por las páginas de *Normalidad de la crisis* el nombre de Hegel: Valerio Rocco o Luciana Cadahia también abogan de una u otra manera por regresar a él, a su dialéctica o a su concepto del Estado. Nada que objetar a este neohegelianismo, salvo el hecho de que, dado el propósito de la obra, quizás cabría haberse detenido en una lectura ausente inexplicablemente de estas páginas, la que de Hegel ofrece Marx, más aún cuando en otros países algunas de las propuestas para pensar la crisis pasan por recuperar elementos del comunismo y del marxismo. Ana Carrasco-Conde menciona a un filósofo que encarna esta línea, como es Alain Badiou, quien tanto ha escrito sobre el “acontecimiento”. Precisamente en este concepto se fija esta autora para contraponerlo al “evento”. Mientras que el primero se inserta en la lógica del sistema y, por tanto, carece de poder para amenazarlo, el evento sería “la irrupción inesperada, lo súbito, la falta de suelo bajo los pies. El vacío. El evento fractura el tiempo. Si la historia está conformada por una sucesión de hechos, de sucesos que adquieren su sentido a partir de acontecimientos, con el evento, sin embargo, queda rota la narración y el sentido mismo” (p. 131). En último término, lo que pretende Carrasco-Conde es determinar el carácter que reviste la actual crisis y que ciertamente se halla más próximo a lo que ella denomina “acontecimiento” que al “evento”. La crisis, en la medida en que está controlada y calculada no puede ser nunca un “evento”, pese a que esto sea, se deduce de la lectura, lo que en verdad se necesita

para salir del atolladero. Por cierto, cabría preguntarse el porqué de este empeño común a varios autores de *Normalidad de la crisis* por evitar mencionar la palabra “revolución” cuando continuamente se alude a ella.

Las otras dos aportaciones que completan esta parte dedicada a “Filosofía y ontología” son las de Alberto Pirni y Patxi Lanceros. En “La crisis y su «más allá»”, Pirni recoge las enseñanzas de Gadamer respecto al lenguaje y al ser, para proponer una “resemantización del término crisis” aproximándolo al significado de la palabra “borde”: “el concepto de *borde* se comprende como un punto de distinción, de pasaje, de viraje, incluso quizá de reuptura, pero también y por encima de todo de conjunción entre dos extremos” (p. 152). Aunque más de una duda respecto a sus efectos suscita la operación, no cabe duda de que Pirni acierta a señalar el lenguaje como campo de batalla en el que se decide buena parte del éxito del relato oficial de la crisis, con sus circunloquios y eufemismos. Precisamente es al carácter de relato que tienen estos tiempos críticos a lo que apela el artículo de Patxi Lanceros “Tras la modernidad. De la crisis a la intemperie”. Lo que nos cuentan quienes nos gobiernan son, a su juicio, fábulas; y poco convincentes, por lo demás, lo que abunda en la imposibilidad de construir una estructura de sentido con la que resistir a los dos males que identifica el autor, la mundialización y la globalización: “si la mundialización (...) es una expansión, acaso inmoderada, en el terreno espiritual, o intelectual y moral, la globalización es la colonización material de todo el planeta por parte de un sistema de ocupación, explotación, tránsito y velocidad que puede recibir el nombre de cibercapitalismo” (pp. 82-83).

Llegamos así al tercer y último capítulo de *Normalidad y crisis*, dedicada a indagar en las conexiones entre crisis y política. Abre este bloque el texto de Valerio Rocco “El Estado crítico” en el que el autor parte de Hegel para ahondar en los efectos que la crisis ha tenido en aquella institución. Pese a que no podamos acompañarle cuando afirma que el Estado “es el gran perjudicado de esta crisis”, pues son sus ciudadanos los principales damnificados, Rocco acierta al señalar los síntomas que apuntan al debilitamiento de las configuraciones estatales, toda vez que el sometimiento a los dictados impuestos por organismos supraestatales ha acabado por minar la hasta ahora casi intocable noción de soberanía nacional. La pregunta consiguiente que lanza es del todo pertinente: “¿debemos ir más allá del Estado?”.

Los dos artículos que firman los compiladores flanquean el de Alex Colás, “Crisis y Orden Mundial en perspectiva histórica”. Como su título indica, se trata de un recorrido por las grandes crisis del siglo XX que pone de manifiesto cómo “el orden mundial actual se caracteriza por una constante anticipación a la crisis” (p. 189) y por hacer de ésta un medio de su autoafirmación. A eso mismo se referían Velasco y Cadahia en la presentación del volumen cuando caracterizaban a la crisis como el dispositivo empleado por los distintos poderes para mantener su hegemonía. La misma línea siguen sus respectivas aportaciones, las más valientes y sugerentes por cuanto asumen unas tesis ciertamente originales, casi provocadoras. “El dispositivo de la crisis como nuevo Orden Mundial” lleva la interpretación de la crisis al terreno de la biopolítica, en la línea de la lectura que Foucault hace del concepto de “*Positivität*” de Hegel. “La vida se aniquila a sí misma para poder sobrevivir y la crisis es el dispositivo que posibilita reorganizaciones progresivas” (p. 178), sostiene Cadahia. El gran “éxito” de la crisis como dispositivo –y como discurso, añadimos– ha sido el de crear sujetos temerosos y dóciles ante la amenaza de futuras y seguras desgracias, en aras de su propio bien. La única forma de resistencia ante este aniquilamiento pasa, para la autora, por tomar nota de las categorías que han resurgido en las manifestaciones de las calles, como “pueblo”, “instituciones” o “revolución”.

Ahora bien, cuando el argumento parecería entonces caer del lado de esos discursos *a lo Negri* –o *a lo Spinoza*– que hacen de la multitud el único sujeto político en condiciones de enfrentarse eficazmente con lo que aquél denomina “Imperio”, Cadahia retrocede a Hegel para, por un lado, salvar la figura del Estado y, por otro, sostener que las sublevaciones o protestas que llenan las calles no pueden ser tachadas de “antisistemas”, pues la lógica hegeliana nos ha enseñado, dice la autora, que existe un antagonismo que no ha de adoptar necesariamente la forma de tensión entre opuestos, pues presenta los rasgos de una tensión interna. Apenas podemos dar cuenta en estas líneas de la complejidad de la apuesta de Cadahia, problemática sin duda, pero de gran valor por su tenacidad en la búsqueda de una “cierta radicalidad” que no busque únicamente “destruir el sistema”.

Por fin, en “Crisis de la construcción social de la normalidad capitalista”, texto abrumador por la riqueza y disparidad de procedencia de las referencias, Velasco se propone nada más y nada menos que desvelar cómo el Estado social, cuya desaparición va siendo poco a poco un hecho inevitable, “nace ya marcado por el interés de legitimar la desigualdad sobre la que se basa el sistema de producción capitalista” (p. 209). Tesis polémica, sin duda, que se apoya en las teorías de Cangilhem, Donzelot y, sobre todo, Rosanvallon para desenmascarar lo que oculta el recurso a los postulados económicos de Keynes por parte del “espíritu de resistencia crítica alternativa” que mora las plazas y asambleas populares: la normalización social de la crisis. ¿Solución? Recuperar el tejido social que mediaba entre el Estado y los individuos y que, según Velasco, fue disuelto mucho antes de que comenzase la crisis; es más, el Estado social fue la respuesta que dio el poder a esa desconexión que amenazaba su posición: “el biopoder coarta así toda iniciativa política estructural mediante el fomento de la pasividad a cambio de la promesa de un confort estatalmente organizado” (p. 213). Un falso bienestar que en algún momento se consideró normal y que hoy, oculto tras la máscara de la crisis, debe él mismo entrar en crisis para contrarrestar su normalidad. Esa es la tarea, crítica, decisiva, de la filosofía.

Ficha técnica del libro:

Título:	Normalidad de la crisis, crisis de la normalidad
Autores:	Luciana Cadahia y Gonzalo Velasco (comp.)
Editorial:	Madrid, Katz, 2012
Número de páginas:	221

Jordi MASSÓ CASTILLA